



Comentario a Silvia Elizalde: *Tiempo de chicas: identidad, cultura y poder*, Grupo Editor Universitario: CABA, 2015, 64 páginas.

Sairi Maitén Pauni Jones

UBA—LESyC, UNQ

El libro *Tiempo de chicas. Identidad, cultura y poder*, de la Dra. en Antropología e Investigadora de CONICET Silvia Elizalde, busca explorar desde una perspectiva crítica de género, un conjunto de prácticas, significados y experiencias del mundo juvenil, poniendo especial atención a quienes han sido frecuentemente invisibilizadas en investigaciones similares: las chicas. Quizás sea este el primer punto a resaltar sobre este trabajo; en un campo donde ha predominado una lectura que no problematizó lo suficiente la diferencia político cultural del género¹ (Reguillo, 2012: 71), este libro viene a echar luz sobre la presencia femenina en las culturas juveniles.

La autora parte de la pregunta por las implicancias políticas en términos de lucha por la equidad de la cada vez más frecuente interpelación a las mujeres jóvenes en la industria cultural y del entretenimiento. Este cuestionamiento le permite presentar las distintas posiciones teóricas que buscan explicar el sentido de esta mayor visibilidad femenina juvenil.

El recorrido por este corpus teórico parte de un contrapunto entre quienes encuentran en esta mayor visibilidad juvenil femenina en la escena social y mediática una profundización de la naturalización del patriarcado, donde la imagen de las mujeres jóvenes se reduce a una particular posición *de-subjetivante* y *des-ciudadanizante* que muy lejos está de aportar fuerza política a los históricos reclamos de la lucha feminista.

Del otro lado, la autora ubica a las y los teóricos del post feminismo (también llamado feminismo de la tercera—o cuarta—ola), que encuentran que esta histórica visibilidad social ofrece mejores condiciones para avanzar en materia de reivindicaciones de género, en la medida en que las mujeres puedan aprovechar el lugar asignado por el mercado para empoderarse, ganar espacios y disputar sentidos en torno al lugar de la mujer en la esfera social.

La autora, por su parte, ubica su trabajo en una tercera posición, intermedia entre las anteriores, que busca explicar los puntos de contacto entre el accionar de las mujeres jóvenes en la actualidad y las demandas históricas del feminismo encarnadas por las generaciones pasadas. El trabajo de Elizalde se enmarcará en este posicionamiento en la medida en que se propone analizar cómo el feminismo y sus demandas históricas adquieren formas novedosas entre las jóvenes, aun cuando no

¹ Reguillo, R.: *Culturas juveniles. Formas políticas del desencanto*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2012.

exista una conciencia política explícita de que esto sucede.

Un elemento muy importante que incorpora la autora al debate, valiéndose por supuesto de una discusión frecuente en este campo, tiene que ver con la diferencia de clase como elemento fundamental para comprender cómo opera la diferencia de género en la distribución desigual de oportunidades entre las nuevas generaciones. Incorporar la clase al debate le permite analizar cómo se dan en la realidad concreta de las jóvenes esos nuevos espacios de visibilidad que propone el mercado al explotar la potencialidad de la imagen juvenil femenina. Pero además, el cruce entre la diferencia de clase, la edad y el género constituye una trama que permitirá, a lo largo de todo el libro, echar luz sobre las realidades de distintos grupos de chicas que despliegan muy diversas estrategias para reducir las desigualdades que enfrentan por saberse mujeres, pobres y jóvenes.

De esta manera, el “pánico sexual”, concepto transversal a todos los capítulos y que da cuenta de la evaluación moral y el control ejercido sobre el cuerpo femenino, aparecerá de diferentes maneras según se trate de una artista joven de clase media, un grupo de chicas institucionalizadas o una chica de origen humilde, fan de un grupo de cumbia. La evaluación moral de la actuación de las chicas es problematizada a lo largo de todo el trabajo, en la medida en que permite desentrañar el modo en el que el *guión hegemónico del género* establece las formas legítimas de ser mujer joven en la sociedad.

La pregunta por las feminidades (y masculinidades) consagradas será también transversal al libro y guiará el análisis en cada capítulo de las múltiples y diversas prácticas y sentidos que despliegan las mujeres del universo juvenil que explora la autora en su trabajo de campo.

En el primer capítulo, la autora reconstruye la historia de vida de una joven artista plástica para analizar de qué manera aparecen ciertas consignas feministas resignificadas en la obra de una mujer joven que, aún sin reivindicarse como feminista, logra interpelar el discurso sexista al que se siente sometida.

La reconstrucción de esta biografía a partir de entrevistas con su protagonista y del análisis de su obra, le permite a la autora dar cuenta de la apropiación creativa que algunas mujeres logran hacer de las históricas demandas del género, desde una realidad concreta donde los mandatos sobre el cuerpo, el deseo y el “ser joven” son tensionados y puestos en disputa.

En el capítulo siguiente, se presentan algunos casos de mujeres jóvenes institucionalizadas en un Hogar de Convivencia luego de haber vivido en la calle o de haber atravesado distintos procesos de violencia, delincuencia y/o prostitución. En este fragmento del libro, la autora se propone explorar de qué manera estas chicas actúan el género y la sexualidad en marcos normativos institucionales estructurados en base a modelos genéricos restrictivos.

Aquí el marco teórico para la interpretación está fuertemente vinculado a los estudios de género de Judith Butler, en la medida en que permiten cuestionar los sentidos del “ser mujer” en estos contextos partiendo de una concepción del género como aparato de producción y normalización de lo masculino y lo femenino, cuyo carácter es siempre intrínsecamente indeterminado. Masculinidad y feminidad son, para Elizalde (2015) y en sintonía con Butler, configuraciones históricas de la identidad que forman parte de un proceso incompleto de producción de diferencias (p. 31).

Siendo esta la perspectiva teórica de la que se parte, la pregunta que despierta el trabajo con mujeres jóvenes institucionalizadas tiene que ver con las formas en que estas chicas gestionan su sexualidad en relación con las demandas

masculinas de sus pares, pero también con las restricciones que el marco institucional y que las propias dinámicas de sus barrios les imponen. Vuelve a aparecer, en definitiva, la pregunta transversal a todo el libro por los modos legítimos e ilegítimos de ser mujer. Categorías tales como “cachivache” o “novia” le permiten a la autora abordar el funcionamiento específico del género a partir de una serie de mecanismo complejos que operan como recursos para la negociación que definirá el “éxito” o “fracaso” de la feminidad (p. 33).

“Cachivache” y “novia” son dos extremos de un amplio conjunto de posiciones donde las chicas se mueven en función de su vínculo con sus pares varones. En esta negociación, la autora observa la reproducción del mandato de la feminidad tradicional obligatoria, que implica, entre otras cosas, la puesta en riesgo de la feminidad de estas jóvenes cuando son catalogadas como “cachivaches” por expresarse sexualmente con mayores grados de libertad. Sin embargo, y aquí radica uno de los aportes más relevantes del trabajo, Elizalde encuentra que el uso de estas categorías lejos está de comprobar una sumisión absoluta al mandato moral del amor romántico; contradictoriamente, las chicas que rechazan el lugar del “cachivache” como estereotipo de lo “no femenino” son las mismas que reivindican su autodeterminación a la hora de decidir sobre sus contactos sexuales.

Otra vez, la autora encuentra en el sentido común de estas jóvenes una apropiación de demandas históricas del feminismo, donde la lucha por una experimentación más libre de la sexualidad se combina contradictoriamente con la reproducción de sentidos hegemónicos sobre las formas aprobadas y desaprobadas de ejercer la feminidad, dando cuenta de la importancia de analizar género y sexualidad partiendo de las condiciones concretas materiales y simbólicas de las jóvenes de este estudio.

Esta preocupación por las condiciones concretas en las que opera el género le permite a la autora incorporar al análisis la experiencia de clase como elemento fundamental a la hora de comprender, por ejemplo, la lógica del “tener aguante” o del “hacerse la linda” que aparece en el trabajo de campo con chicas. “Tener aguante”, para estas jóvenes, es una expresión que combina mayores libertades sexuales con una capacidad de resistencia a las provocaciones y “aprietes” masculinos, y que les permite revertir el estigma de ser “chicas de la calle”, al presentarse como chicas desafiantes, superficialmente desreguladas, “con calle”.

Este movimiento de resignificación del estereotipo, al ser pensado en el marco concreto de existencia de estas chicas, da cuenta del modo en que la clase se articula con las regulaciones del género y la sexualidad, en tanto el “aguante” es asociado a la experiencia de vivir en la villa, mientras que “caretear” o “ser cheta” son acciones vinculadas a quienes habitan otros mundos materiales y simbólicos, propios de la clase media o alta. Al respecto, la autora señala que las chicas entrevistadas si bien construyen espacios de afirmación e interpelación a partir de una resignificación de los mandatos del género, también reproducen las desigualdades de las que son objeto en materia de normatividad sexual, en un movimiento complejo y contradictorio que, insiste, solo puede comprenderse en el análisis de los condiciones materiales y simbólicas específicas en las que actúan.

Finalmente, en el tercer y último capítulo la autora analiza un caso de gran trascendencia mediática donde una joven denunció a un reconocido músico de un grupo de cumbia en pleno auge. Nuevamente, guía el análisis la pregunta por las exigencias morales de la sociedad a la hora de aprobar o reprobar las formas de ser mujer que despliegan las jóvenes.

Con el caso que se analiza en esta parte del trabajo cobra importancia la noción de “pánico

sexual” presentada por la autora, en la medida en que permite pensar qué sospechas morales desató, para la opinión pública en general y para el discurso mediático en particular, el accionar de una joven pobre en el marco de una denuncia por abuso sexual.

Género, clase y edad nuevamente se cruzan en los *sentidos culturalmente disponibles de moral sexual*. La operación ideológica que supone el “pánico sexual” se manifestó, en este caso, en el repudio inmediato al accionar de la joven cristalizado principalmente en la objeción al modo en que ella hacía uso de su tiempo libre. En esta operación, el género es reducido a una marca de sexualidad biologizada que es convertida de manera inmediata en “alarmante”. Una chica, joven, pobre y “sola” (en tanto no se encontraba en compañía de otro hombre de su entorno al momento del ataque) se vuelve automáticamente un signo de perturbación moral, una víctima que exige un control mayor de su desempeño de feminidad. El miedo, señala la autora, no gira en torno a la falta de control social sobre “estas chicas” sino a la idea de que las mujeres jóvenes de los sectores populares estén “fuera de control”. El discurso mediático y la opinión pública (relevada en este caso a partir de los comentarios de lectores de los portales de noticias) confluyen en una respuesta de “pánico sexual” donde el género y la sexualidad femenina operan como elementos de alarma que inquietan y demandan un mayor control político del deseo de estos cuerpos jóvenes.

¿Cuáles son los nuevos modos de *estar siendo mujer* que circulan entre las mujeres jóvenes? ¿Qué es ser mujer para las chicas? ¿Qué batallas simbólicas y culturales implica la disputa por los sentidos en torno a las formas legítimas de construir y desplegar feminidad en el cotidiano? Estas son las preguntas que atraviesan *Tiempo de*

chicas. Interrogantes que aportan al debate en torno a las formas de sociabilidad juvenil desde un lugar por ahora débilmente explorado: el de las mujeres jóvenes de los sectores populares.

En su intento por abordar y responder estos interrogantes, la autora ofrece un análisis muy interesante de los modos en que género, sexualidad, clase y edad confluyen en condiciones específicas de vida de un grupo de jóvenes. Esta tarea analítica le permite dar cuenta del grado de complejidad con que estas chicas se reapropian y resignifican algunas demandas históricas del movimiento feminista, pero también reproducen y naturalizan preceptos hegemónicos de la ideología de género que sostiene al patriarcado. Lejos de una romantización del lugar a veces contestatario en el que ellas se ubican, la autora da cuenta de las tensiones que atraviesan en el difícil camino de conciliar lo que se espera de ellas en tanto mujeres con las posibilidades concretas de ejercer la feminidad en diálogo con sus deseos y expectativas.

Tiempo de chicas constituye un trabajo necesario para acercarnos al desafío de pensar el entramado de relaciones de poder en el que se sitúan los chicos y las chicas de los sectores populares, pero también para incluir en futuras investigaciones sobre los y las jóvenes al género como categoría analítica de incuestionable relevancia, que más que ubicar a los actores en sedimentos estancos de identidad, da cuenta del modo en que chicos y chicas “están haciéndose”. Elizalde logra, con este trabajo, instalar la pregunta por los modos en que los jóvenes en general, y las mujeres en particular, están desplegando estrategias de lucha contra las formas más severas de sexismo y “pánico sexual”, sin por eso escapar a las contradicciones que todos enfrentamos al momento de poner en tensión nuestro lugar en la sociedad.